

Hacia el

COLAPS₀.

la Biblia como respuesta

por SAMUEL GIL SOLDEVILLA

FUENTE DE SENTIDO [6]
DESPERTADOR DE CONCIENCIA [14]
DESAFÍO PERSONAL [22]
RECONOCER AL OTRO [29]
EXPERIMENTAR A JESÚS [36]

ANEXO: cómo leer la Biblia y *no quedarse* en el intento [44]

Manifiesto II

Enero 2020

Cambio climático. Agotamiento de recursos. Contaminación. Sobrepoblación. Modelo alimentario. Microplásticos [búscalo en Google]. Consumismo hiperacelerado. Desigualdad. Crisis ecológica. Deshielo y desertificación. Corrupción. Deterioro democrático. Extremismos políticos. Posverdad y *fake news*. Adicciones con y sin sustancia. Abusos...

El planeta Tierra avanza hacia el **colapso**.

—¡Paren, que me bajo!

Por favor, no me llames ~~pesimista~~. Ni ~~catastrofista~~.

Tampoco ~~alarmista~~...

Antes se les adjudicaban estos calificativos a profetas y predicadores que dibujaban en sus exhortaciones un futuro apocalíptico.

Hoy, numerosos estudios científicos, investigadores e informes globales advierten de un panorama próximo desolador, y realizan llamadas de atención constantes a un mundo que marcha hacia su destrucción y ruina.

Al ritmo actual, el “sistema circulatorio” del planeta no da más de sí.

Y no lo dice solo un ~~amigo~~ mío: *el mundo se va a la m****a, ¡y lo sabes!*

Ni ~~religiosos~~ enajenados o ~~youtubers~~ conspiranoicos.

Tampoco el auge de ~~series~~ televisivas distópicas [*Black Mirror, El cuento de la criada, Years and Years...*].

Diferentes estudios ofrecen «un vistazo a un mundo de “caos absoluto” en un camino hacia el fin de la civilización humana y la sociedad moderna como la hemos conocido» (*Existential climate-related security risk: A scenario approach*, publicado por el Breakthrough - National Centre for Climate Restoration, NCCR, 2019); apuntando que es «necesario cambiar el rumbo actual», que «se necesita un cambio transformador» (*Perspectivas del Medio Ambiente Mundial 6*, publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, ONU, 2019); que se requieren «cambios rápidos, de largo alcance y sin precedentes en todos los aspectos de la sociedad» (*Calentamiento global de 1,5 grados centígrados*, publicado por el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, IPCC, 2018). Aún más, «los Estados deben triplicar la ambición de sus compromisos [...]. Al evaluar las medidas de los países del G20 se observa que tales medidas todavía no se han adoptado; de hecho, las emisiones mundiales de CO2 aumentaron [...] y no hay evidencias de que vayan a comenzar a disminuir en los próximos años [...]. El ritmo actual de la acción nacional es insuficiente para cumplir los objetivos de París. El aumento de las emisiones y la lentitud en la acción implican que la brecha de emisiones es ahora más grande que nunca» (*Informe sobre la Brecha de Emisiones 2018*, publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, ONU, 2018).

En estos y otros informes [y más allá de Greta o agendas internacionales ocultas], el conocimiento actual nos presenta **escenarios de colapso** que urgen a «una distribución de los recursos de forma más equitativa y una reducción del consumo de recursos hasta niveles sostenibles» (*Human and nature dynamics (HANDY): Modeling inequality and use of resources in the collapse or sustainability of societies*, estudio financiado por el Goddard Space Flight Centre, NASA, 2014). Sin embargo, la falta de compromiso político, social e individual; los ejercicios públicos de diplomacia teatral y la maraña capitalista de intereses corporativos; la dificultad de implantar cambios en los hábitos consumistas de cada país y un largo etcétera, hacen que el punto de **no retorno** se vea cada vez más cercano a pesar de los acuerdos mundiales tomados: Protocolo de Kioto, 1997; Acuerdo de París, 2015. La última cumbre sobre el clima COP25 celebrada en Madrid [diciembre 2019] ha vuelto a generar decepción por la insuficiencia de sus compromisos.

Si la solución depende del ser humano... *apaga y vámonos*.

Estos **planes** son insuficientes y las medidas acordadas no alcanzarán los objetivos necesarios. Pese a todos los esfuerzos que hagamos, apuntan las voces críticas, ya es demasiado tarde para causar algún efecto real en el planeta que detenga el desastre. El tren ya está en marcha y no se puede parar.

Aunque nos creamos inmortales, en realidad somos efímeros.

Ignorante, inocente e inconscientemente permanecemos ajenos a las señales.

Pensamos que el planeta Tierra seguirá siendo [quizás con algún pequeño cambio] lo que es [y nosotros con él], pero «la creación aguarda con **ansiedad** la **revelación** de los hijos de Dios, porque fue sometida a la **frustración**. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme **esperanza** de que la creación misma ha de ser **liberada** de la **corrupción** que la **esclaviza**, para alcanzar así la **gloriosa libertad** de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía **gime** a una, con **angustia**, como si tuviera **dolores** de parto» (Romanos 8:19-22).

La Biblia no es la solución, pero en ella sí intuimos un Camino diferente, sí vislumbramos un **Plan** extraordinario, sí encontramos la Respuesta que necesitamos.

En lo que sigue te presento cinco razones por las que la Biblia, hoy más que ayer, es un texto relevante, urgente y vital.

El colapso de nuestro mundo es inevitable,
pero tu vida puede tener otro destino.

Lee este Manifiesto, medítalo, críticoalo, imprímelo*, compártelo, recíclalo...; siéntete libre de hacer lo que consideres más útil y oportuno.

* **Descárgalo en: samuelgilso.com > Libros**

Licencia Creative Commons: Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0)

** **Lee el *Manifiesto I*. Descárgalo en: samuelgilso.com > Libros**

*** **Hazme llegar cualquier comentario a [>samuelgilso@hotmail.com](mailto:samuelgilso@hotmail.com)**

FUENTE DE SENTIDO

Es pleno verano y tienes mucho calor. Abres el frigorífico, recibes un sople de aire fresco, y encuentras zumo frío y un buen trozo de sandía refrescante... Así me siento cuando acudo a la Biblia y sacio mi sed de sentido y orientación. Este “frigorífico” está siempre lleno. Siempre disponible. Siempre esperando ser abierto para darte lo que necesitas.

Decir esto hoy en día suena un poco raro. Viejuno. De pringao.

Crear en la Biblia como un texto real, útil y contemporáneo es de locos. Lo que pasa es que «la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana» (1 Corintios 1:25). Si esto es así, abrazar la locura de Dios es lo menos absurdo que el ser humano puede hacer, y entonces tiene todo el sentido del universo.

El ser humano necesita **sentido**. Necesita que ese sentido sea **verdadero**. Y necesita que ese sentido verdadero sea **perdurable**.

Vamos uno a uno.

Necesitamos **sentido**.

El ser humano, además de comida, se alimenta de historias. Estas historias son esenciales para construir sentido. Propósito. Dirección.

Estas historias conforman nuestra cosmovisión, la manera de ver e interpretar nuestra propia existencia. Así es cómo nos situamos en el mundo.

Siempre nos han enseñado que tenemos cinco sentidos, pero existe un sexto sentido que es aún más esencial: *el sentido del sentido*.

~~Sin sentido~~ vivimos como “pollos sin cabeza”. Corremos perdidos, de aquí para allá sin saber a dónde, por qué o para qué.

~~Sin sentido~~ puedes avanzar, pero lo haces sin rumbo. Errante. Absurdamente. Y, perdóname, pero es que a veces siento que avanzamos por el mundo como viajeros desorientados. Enredados. Distraídos.

Aunque llevemos el GPS integrado. Aunque *Google Maps* nos guíe [más o menos] hasta el destino físico que demandamos. Aunque compartamos nuestra ubicación sin querer-queriendo... Siento que mi corazón, mi mente,
no
se
encuentra.

Instalar en tu *smartphone* la última actualización del GPS no significa que tu *alma* sepa dónde está o a dónde va.

Desechamos los mapas “antiguos” porque eso es de carcas, pero los necesitamos más que nunca. Necesitamos pararnos y pensar. Buscar hasta encontrar.

«Vienen días –afirma el Señor–, en que llegará hambre al país; no será hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de oír **las palabras del Señor**. La gente deambulará de mar a mar y vagará sin rumbo de frontera a frontera **en**

busca de la palabra del Señor, pero no la encontrarán» (Amós 8:11-12).

Esta profecía se refiere a los tiempos finales del mundo; es para estos momentos. Sin embargo, todavía no es demasiado tarde y hoy estamos a tiempo: «Así dice el Señor: ‘Deteneos en los caminos y mirad; preguntad por los senderos antiguos. Preguntad por **el buen camino**, y no os apartéis de él. Así hallaréis el **descanso** anhelado’» (Jeremías 6:16).

Quizás nos ofuscamos en tener la última versión de..., cuando lo que precisamos en realidad es volver al origen.

Quizás buscamos el sentido en historias alternativas, *cools* y con un buen *packaging*, cuando lo que necesitamos es abrazar el proyecto original del Creador, sin aditivos ni colorantes.

Quizás preferimos consumir relatos entretenidos y efectistas, sin compromiso ni autocritica, cuando el sentido que tú y yo requerimos ya está escrito y tiene una naturaleza mucho más elevadora y extraordinaria.

¿Qué historias están construyendo tu sentido? ¿De qué te estás alimentando? ¿Qué propósito te están aportando? ¿Hacia dónde te llevan?

Necesitamos que ese sentido sea **verdadero**.

Pero hoy hay demasiadas mentiras.

Son más fluidas que nunca.

Llegan más lejos que nunca.

Y están más disponibles que nunca.

Un estudio de investigadores del MIT ha descubierto que las noticias falsas se difunden significativamente más rápido, más intensa y más ampliamente que la verdad en todas las categorías de información (Soroush Vosoughi, Deb Roy, Sinan Aral. *The spread of true and false news online*. Science, 09 Mar 2018: Vol. 359, Issue 6380, pp. 1146-1151). ¿Alguna vez te has tragado una *fake new*? ¿Has visto algún vídeo *Deepfake*? Asusta solo de pensar lo que se puede llegar a hacer.

Somos la sociedad de la imagen, pero también de los **espejismos**. De los *bots* y del *Photoshop*. Del filtro y el retoque. De la persuasión y el engaño. Del *clickbait* y la **manipulación** informativa. Del “te hago creer que esto es una cosa cuando en realidad es otra...”. Los *media* son los nuevos proveedores de cosmovisiones, de un sentido fugaz, *light*, líquido y cada vez más en estado gaseoso.

Los cambios constantes acerca de lo que son o no son las cosas me dejan una sensación extraña en el cuerpo, como si esta vida, paradójicamente, estuviese *llena de vacíos*.

Vivimos dentro de una modalidad de “verdad **a la carta**”: selecciona lo que mejor te convenga y a correr.

El interés por la Verdad queda relegado a un segundo plano. No importa tanto la Verdad, como aquellas ‘verdades’ que me convienen. No hay una Verdad sino múltiples versiones de un asunto. Es más cómodo sentarse sobre las opiniones personales que emprender la búsqueda de la Verdad, lo cual exige un esfuerzo mayúsculo.

Si toda verdad es relativa, habrá que admitir también que esa afirmación lo es, lo cual nos lleva a una inconsistencia

general, a una contradicción esencial. Sin convicción.
Construyendo sobre la arena.

Las nuevas fuentes de cosmovisiones y las historias que alimentan mi sentido... ¿son verdaderas? ¿Les interesa la Verdad? ¿Me llevan a ella?

Y necesitamos que ese sentido verdadero sea **perdurable**.

Hoy experimentamos una *situación de mercado* en lo que a sentido[s] se refiere. Vivimos una era en la que se ha producido una crisis de las ideologías. Los grandes relatos [meta-relatos] que *antes* actuaban como referentes, contribuían a ordenar las vidas de los individuos y proporcionaban identidad, *ahora* pierden su fuerza y aparecen diversas fuentes que abastecen el mercado de las cosmovisiones.

Así, tú y yo, seleccionamos identidades, comparamos significados y adquirimos sentidos vitales [como si estuviésemos en un gran mercado]. En este contexto se abren paso nuevos distribuidores y proveedores de cosmovisiones: *los medios de comunicación y las redes* actúan cada vez más como estructuras dominantes y **arquitectas de la existencia** humana, constructoras de opinión, de la intimidad de las personas, de sus aspiraciones y sueños, de lo que está bien y mal...

Entonces, los individuos, que actuamos como consumidores en un universo fluido y móvil, nos encontramos con una amplia gama de “ofertas de

sentido” a partir de las cuales construimos, intercambiamos y combinamos nuestra visión del mundo.

¿Por qué te digo todo esto? Porque esta descomposición de las cosmovisiones que antes unificaban a la sociedad también provoca, en su versión más cautivante, que nosotros nos atomicemos. Hoy se favorece una **atomización** de los discursos a través de los cuales nos nutrimos. Esta fragmentación de los relatos provoca también una fragmentación del sentido.

Las creencias se fragmentan. Hay una extrema movilidad y pasamos [en un plis] de una forma de ver el mundo a otra. **Zapping existencial**. Fluidez en las identidades. Desintegración de lo sólido. Individualización y personalización de lo que es verdad.

Es nuestra responsabilidad ser críticos con los cambios y evaluar si su impacto en nosotros es positivo o negativo. No, no defendiendo una posición inmovilista, ni sugiero que no podamos [o debamos] hacer reformas “en casa” [¡sí, hay que *Reformar* constantemente!], pero necesitamos que esos cambios tengan su raíz en espacios de reflexión profundos y consistentes. Buscar fuentes de sentido potables y saludables. Cuestionar a los nuevos proveedores de sentido tanto como se nos invita a rechazar a los antiguos. Porque si tú no decides qué sentido quieres que tome tu vida, **el Mercado lo hará por tí** [y probablemente no sea uno bueno, verdadero y perdurable].

Escrutar. Escudriñar. Retener lo bueno.

Porque cambiar de un sentido a otro nos deja sin base, sin suelo. Porque asentar nuestro sentido en lo falso, la

media verdad, la apariencia... es edificar sin fundamento, sin cimientos. Y tarde o temprano, nos vamos a hundir.

Lo sensato, entonces, es construir nuestra casa [nuestro sentido], sobre la Roca, no sobre arenas movedizas; porque luego vienen las lluvias, los ríos y los vientos, y azotan la casa hasta derrumbarla (Mateo 7:24-27).

Necesitamos **sentido**. Necesitamos que ese sentido sea **verdadero**. Y necesitamos que ese sentido verdadero sea **perdurable**.

Y la Biblia tiene respuestas para todo eso.

La Biblia aporta sentido. Nos da un pasado, un presente y un futuro. Es una brújula firme que responde de manera consistente a las preguntas universales del ser humano.

La Biblia ofrece un sentido verdadero, no basado en las modas sino en la Verdad. Nos invita a gozar de una fe razonable y razonada. Tenemos argumentos, pistas y evidencias. Es una fe fundada en razones históricas, arqueológicas, documentales y proféticas. La Biblia sorprende por su unidad temática y de propósito [coherencia interna]; por la armonía entre sus escritores y sus afirmaciones [cuando la mayoría no se conocieron y vivieron en épocas, culturas y lugares muy diferentes]; por la progresión ininterrumpida de su mensaje y

cosmovisión; por su capacidad para transformar vidas, todavía hoy.

Los discípulos y escritores no tenían la intención de demostrar la existencia de Dios sino su experiencia con Dios. Esto lo hace aún más real. «Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto os anunciamos para que tengáis comunión con nosotros y vuestra alegría sea completa» (1 Juan 1:1-4). «Habiendo investigado con diligencia las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas tal como nos las enseñaron los que desde el principio las vieron con sus ojos, te las escribo ordenadamente, para que llegues a tener la plena seguridad de lo que te enseñaron» (Lucas 1:1-4). La historia que construye nuestro sentido no es artificial, sino genuina y práctica.

La Biblia perdura, porque «la palabra del Señor permanece para siempre» (1 Pedro 1:25). Está hecha de hojas perennes. Es un yunque sobre el cual se han roto muchos martillos. Su Autor «no cambia» (Malaquías 3:6), es fiel, «Jesús es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Porque «el cielo y la tierra perecerán, pero el Señor permanece para siempre. Todos ellos se desgastarán como un vestido. Y como ropa los cambiarás, y los dejarás de lado. Pero tú eres siempre el mismo» (Salmo 102:25-27).

Por eso necesitamos volver a la verdadera y perdurable fuente de sentido. La Biblia ofrece sentido a un mundo roto. Su historia es coherente de principio a fin.

Para el lector superficial, el crítico que no profundiza, pasará desapercibido el hilo de oro que recorre la narrativa bíblica: el Plan de Dios para buscar, entregarse y encontrarse con el ser humano. Sin embargo, el ojo atento, quien tiene el alma abierta y el corazón despierto, descubrirá un sentido verdadero y perdurable.

DESPERTADOR DE CONCIENCIA

«Las personas son cada vez más insensibles a los estímulos altamente excitantes que van desde la violencia al sexo». Los resultados del estudio apuntan a una «desensibilización de los contenidos que provocan excitación», que está causada «muy probablemente por la gran presencia de este tipo de contenidos en los medios de comunicación» (A. Betella y P. Verschure, *The Affective Slider*, publicado en PLoS ONE 11(2), 2016).

Estamos expuestos a una constante y creciente avalancha de imágenes duras que van creando primero una fina membrana sobre nuestro corazón, después un chubasquero, hasta convertirse en un **caparazón** que nos insensibiliza al sufrimiento ajeno. Y además queremos vivir sin culpa y sin remordimientos.

Todas esas escenas o comportamientos moralmente reprobables que consumimos y alimentan nuestro corazón se han democratizado, se reproducen exponencialmente [lo decimos continuamente: *ver el telediario da pena*] y el acceso a ellos es incomparable con otro periodo histórico.

Es cierto que en cada época, de manera cíclica, diferentes pensadores se han quejado del nivel moral de sus conciudadanos, especialmente de los más jóvenes. Platón [siglo V a.C.] señalaba: «¿Qué está ocurriendo con nuestros jóvenes? Faltan al respeto a sus mayores, desobedecen a sus padres. Desdeñan la ley. Se rebelan en las calles inflamados de ideas descabelladas. Su moral está decayendo. ¿Qué va a ser de ellos?». Aristóteles [siglo IV a.C.] ahondaba en ello: «Los jóvenes de hoy no tienen control y están siempre de mal humor. Han perdido el respeto a los mayores, no saben lo que es la educación y carecen de toda moral». El apóstol Pablo [siglo I d.C.] ya apuntaba: «en los últimos días vendrán tiempos difíciles. La gente estará llena de egoísmo y avaricia; serán jactanciosos, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, insensibles, libertinos, enemigos de lo bueno, vanidosos y más amigos del placer que de Dios...» (2 Timoteo 3:1-4).

Por eso no se trata de solventar aquí si estamos “mejor o peor” moralmente que hace unas décadas o siglos. Pero, independientemente de la respuesta, no existe hoy ninguna excusa para dejar de preocuparnos al respecto, de **cuestionarnos el estado de nuestra conciencia** personal o de poner en duda nuestro “brillante progreso” como humanidad.

La conciencia actúa en muchos casos como ley, termómetro moral, cauce de conducta (Romanos 2:15). Una conciencia adormecida, en los casos en los que todavía no está cauterizada, es un arma de destrucción masiva, el paso previo a un siniestro como *ser* humano.

Despertar nuestra conciencia de su complejo de *bella durmiente* es una empresa diaria, una responsabilidad constante. “Acallar nuestra conciencia” y “dejarnos

llevar” no es ninguna solución; más bien al contrario, es como un torrente que nos empuja hacia el desastre. La búsqueda de una conciencia **despierta** no es suficiente, también debe ser **sólida** (1 Corintios 8:7-13; Romanos 14:13-23) y asentada en un entendimiento sano del que debe ser su fundamento: el **amor** (Romanos 13:10; 1 Juan 4: 8; 20).

No te conformes, no bajes el listón,
«no os amoldéis al mundo actual, sino sed transformados mediante la renovación de vuestra mente. Así podréis comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

Nos gusta pensar que estamos **progresando** como sociedad. Avanzando. Mejorando.

¡Mira qué producto tecnológico!

¡Mira aquella novedad!

¡Mira esto otro!

Pero,

¿cómo sabemos que estamos avanzando en la dirección correcta?

Cuando la fe en el “progreso” vivía su momento más brillante en el mundo occidental, a comienzos del siglo XX; cuando todos pensaban que el desarrollo moderno era apoteósico y el futuro se presentaba como el éxito del avance humano..., nadie pudo augurar que todo se desmoronaría como un castillo de arena de la forma más lamentable y atroz que pudiera imaginarse. Estallaba

entonces la demencial violencia que con dos guerras mundiales y el levantamiento de los totalitarismos fascistas y comunistas sacudió, como nunca antes, la faz de la tierra.

Progreso no significa acumular capital. Ni conseguir estatus. Ni alcanzar Saturno.

Progreso no es solo avanzar, sino hacerlo en el sentido del bien, en el camino de lo bueno, en la dirección correcta que nos lleva a un estado mejor y a un destino más excelente.

Los adelantos en muchas esferas de la vida son indiscutibles y fabulosos, pero ¿de qué sirve ser materialmente rico o técnicamente poderoso si nuestras virtudes morales están apagadas o son mal-alimentadas?, ¿si lo concerniente a la esencia de lo que nos hace humanos, como *condición* y *ser*, sigue sin ser transformado? ¿De qué manera sabremos que vamos por el buen camino si las fronteras **del bien y del mal**, de la moral, se están diluyendo entre lo que cada uno opina o le parece?

Por tanto, antes de que prosigamos, ¿estamos de acuerdo en que realmente **existe** lo que es bueno y lo que es malo? La respuesta a esto no depende de ~~cómo sientes~~ las cosas, ¡sino de cómo son! Cada vez más lo correcto y lo incorrecto es pensado como una cuestión de gustos, no como una cuestión de facto: “no hay ningún bien o mal real; es solo una cuestión de opinión”.

Pero la moral no está solo en tu mente, es real.

Y en ausencia de Dios

todo

se vuelve

relativo.

Si no hay Dios → no hay legislador universal → entonces no hay ley moral ni mandamientos que proporcionen una base para los deberes morales → ¿qué fundamento permanece para la objetividad de lo correcto y lo incorrecto? → no hay verdadero bien o mal. Sin embargo, la naturaleza de Dios sí proporciona un punto de referencia objetivo para los valores morales, pero si Dios no existe todo lo que nos queda es el punto de vista de cada persona → lo correcto y lo incorrecto serían solo costumbres y convenciones humanas que varían de una sociedad a otra.

¿Y entonces?

Hay que ponerle nombre a **ese mal** que está instalado en nosotros.

La Biblia no teme identificarlo, no esconde el bulto ni pasa del problema: lo llama **pecado**.

El mal como ausencia o separación de Dios en algo o alguien. Pecado como todo aquello que perturba la paz y la armonía que Dios desea para el mundo. Así, todo lo que está ocasionado por el pecado [la guerra, la enfermedad, el sufrimiento, la muerte, la discordia...], no es querido por Dios. El pecado es lo *no querido* por Dios, lo opuesto a su voluntad, lo que daña a su Creación, una rebelión dirigida contra su soberanía en nuestra vida, aquello que desordena y amenaza su Plan.

El pecado es un acto que transgrede la ley (1 Juan 3:4, e incluso la omisión de un acto bueno –Santiago 4:17; Romanos 14:23–), pero también es la condición del ser humano desde Génesis 3, desde que decidimos caminar ~~hacia el colapso~~ siguiendo el silbido del Enemigo en vez de hacia la vida confiando en la palabra del Creador. El pecado no es simplemente una decisión individual o un fracaso moral aislado; es la condición del corazón humano, un estado de nuestra naturaleza caída.

El propio Jesús no duda en señalar no sólo cuál es problema sino dónde se localiza: «porque **del corazón** salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios y las blasfemias» (Mateo 15:19).

Nada va a cambiar *ahí fuera* hasta que tú y yo reconozcamos que algo anda mal *aquí dentro*. Es a partir de este reconocimiento que podemos aplicar el diagnóstico correcto.

Pero hoy, llamar a las cosas por su nombre, llamar al pecado *pecado*, es un ejercicio de alto riesgo. Te expones a la intimidación de auténticos lobbies ideológicos si no comulgas con su nuevo credo moral, social, sexual, normativo y etcétera. La presión es tan grande que las cosas buenas y malas dejan de ser lo que son para ser lo que queremos que sean, *porque yo lo valgo*. «¡Ay de los que llaman a lo malo bueno y a lo bueno malo, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! [...] su raíz se pudrirá y se disipará su flor, porque han rechazado la ley del Señor y han desdeñado su palabra» (Isaías 5:20).

Así, todavía hoy, «la mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres **cuya conciencia sea tan leal al deber** como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos» (Ellen G. White, en *La educación*).

La Biblia no sólo identifica y localiza el problema del mal, sino que le da una solución. Este **antídoto** se llama Jesús.

Aunque el pecado sea una *infección universal*, el antídoto también lo es (Romanos 2; 3:10-12; 5:15, 20).

La Biblia nos enseña que hay una *Ley universal* y manifiesta claramente la existencia del bien y del mal. También apunta a cómo un Enemigo ha hecho esto último (Mateo 13:24-30) y a cómo Dios vence en toda esta narrativa cósmica (2 Corintios 5:19; Apocalipsis 20).

El pecado tiene fecha de caducidad. El mal será expuesto y finiquitado en un **juicio** *universal* (2 Pedro 2:4; Judas 6; Apocalipsis 20). Este juicio es una esperanza segura en que todo mal cometido [y no entregado a Cristo] tendrá su respuesta (Juan 3:17-19; Romanos 5:16; 8: 31, 34; 2 Tesalonicenses 2:12; 1 Juan 2:1, 2). Lo que hoy nos parece una injusticia macabra (Jeremías 12:1), encontrará su “recompensa” definitiva en aquel día (Romanos 2:5-11; 1 Corintios 3:11-13).

Este Juicio es la única respuesta apropiada, y un motivo sólido para creer. El problema del mal no se curará aquí sobre la tierra, sino “allí” (Eclesiastés 3:17), en el lugar del juicio, ubicado con Dios. Nos gusta pensar que deberíamos atender el problema del mal nosotros mismos, y no esperar a que Dios lo haga. Hasta ahora, sin embargo, como dolorosamente lo atestigua la historia, nosotros somos el problema, no su solución. Ciertamente deberíamos afrontar nuestra responsabilidad y trabajar mucho para reparar el mundo y aliviar su dolor. Es nuestro problema. Pero también debemos afrontar el hecho trágico de nuestra humana naturaleza. La solución real al problema del mal no está en nuestras manos sino **en las de Dios** (Jaques Dukhan, en *Todo es vanidad*, 2006, APIA).

«Esperamos con entusiasmo los cielos nuevos y la tierra nueva que él prometió, un mundo lleno de la justicia de Dios. Queridos hermanos, mientras esperáis estos acontecimientos, esforzaos para que Dios os halle sin mancha y sin defecto, y en paz con él» (2 Pedro 3:13-14).

La Biblia fija límites en los que movernos, marca **mínimos** éticos (Éxodo 20) y **máximos** vitales (Mateo 5-7). La respuesta al mal del mundo no es deshacernos de Dios, sino volvernos a Él. Solo el cristianismo proporciona la vía de salida para la deteriorada condición humana. Solo la fe de Jesús da esperanza y apuntala los más altos principios éticos conocidos por nuestra civilización.

Aunque la Biblia sugiera que nuestra condición humana está alejada de Dios (Mateo 7:11; Romanos 5:12, 18; 6:12; 8:3; Efesios 2:3; Santiago 1:14, 15; 1 Juan 1:8), esto

no es de ninguna forma una excusa para que ese mal siga instalado en nosotros.

La victoria

es

posible.

Pero cuidado, no te flipes: no vencemos por lo que nosotros hagamos, sino por lo que Dios ha hecho y es capaz de hacer en ti y en mí (Juan 15:1-5; Romanos 8; 12:21; Tito 3:3-7; 1 Juan 2:13-14). Entonces entendemos qué es en verdad el progreso:

Progreso es la transformación de nuestro corazón.

Progreso es la voluntad de Dios actuando en la vida humana.

Progreso es que estas tres virtudes permanezcan en nosotros: la fe, la esperanza y el amor.

Porque «todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5:4).

El llamado de Dios, la invitación que nos lanza, es un auténtico desafío: «sed intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella **brilláis como estrellas en el firmamento, manteniendo en alto la palabra de vida**» (Filipenses 2:15-16).

DESAFÍO PERSONAL

La Biblia me reta constantemente. ¡Me saca de mis casillas!

Sus propuestas me obligan a salir de mi zona de confort. A iniciar un triatlón mental, emocional y trascendente.

A veces me encuentro con textos bíblicos que son auténticas *chinchetas* en mi asiento, las cuales me desafían, me hacen saltar y darme cuenta de que hay Otra realidad. Por eso, de vez en cuando, nos viene bien recibir alguna que otra *colleja divina*. Me refiero a esos textos-situaciones-recordatorios que Dios permite y que nos despiertan del letargo cómodo en el que nos sitúa el pecado, que nos reubican en el mapa y nos estimulan a buscar a Dios.

El que piense que creer o asistir a una iglesia es pertenecer al “Club de los Santos Acomodados” no ha entendido nada ni de la Biblia, ni de la religión, ni de a qué nos ha llamado Dios. Implicarse en el evangelio significa complicarse la vida. Jesús no murió con las manos clavadas en la cruz para que nosotros vivamos de brazos cruzados. ¡La vida del que se llama seguidor de Cristo es un desafío radical!

El verdadero problema no es que estemos alejados de Él, es que no queremos darnos cuenta de lo cerca que está (Génesis 28:16). De cómo ha venido a encontrarse contigo. A despertarte. A salvarte. A darte **una nueva definición** de lo que significa *ser* verdaderamente humano [ni divino, ni bestia], y de cómo es realmente aquello que nos rodea [lo que ves, y mucho más].

Por eso algo que siempre me ha impactado de la Biblia es su capacidad para **reescribir el significado** de las cosas. Sus palabras nos devuelven un mundo que no conocíamos antes. Empujan los bordes de nuestra comprensión. Traspasan los límites sabidos y amplían extraordinariamente nuestra pequeña realidad. El texto bíblico ofrece una perspectiva diferente, rica y provocadora.

Dos ejemplos [de las decenas que podríamos analizar] de esta capacidad [re]significante: **Grandeza** y **Belleza**.

La Real Academia Española [RAE] define **Grandeza** como: «Tamaño excesivo de algo respecto de otra cosa del mismo género. Majestad y poder. Extensión, tamaño, magnitud».

El problema es que a veces confundimos

lo grandote

con

la grandeza,

y éstas son dos cosas diferentes.

Jesús redefine la grandeza, le da la vuelta y nos regala un nuevo significado: «si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. [...] El que quiera hacerse grande entre vosotros deberá ser vuestro **servidor**» (Marcos 9:35; 10:44).

–Un momento... Jesús, ¿lo dices en serio? ¿Esa es tu definición?

–Pues sí, colega, que no te vendan la moto... Señores/as de la RAE, tomen nota por favor.

La grandeza no depende de tu cuenta bancaria, ni del puesto que ocupas en la empresa, ni de la ropa que vistes. La grandeza, según la Biblia, no se define en términos de poder, magnitud o títulos, sino de servicio y entrega al otro.

La grandeza no se limita a unos pocos escogidos, a una casta predestinada o un estamento privilegiado. Con Jesús **todo el mundo** puede ser grande, porque todo el mundo puede servir. No necesitas tener un doctorado en termodinámica para servir; no necesitas vivir en una mansión para servir; no necesitas tener miles de *followers* para servir... Sólo necesitas un corazón dispuesto a servir; dispuesto a lavar los pies del prójimo; dispuesto a amar de verdad al otro.

Juan el Bautista encarna esta redefinición de grandeza. Éste vivía rodeado de sencillez y abnegación, lejos del lujo y la riqueza mundanal, vestido con un manto de pelo de camello y un cinturón de cuero, comiendo langostas y miel silvestre que hallaba en el desierto. Juan prefirió ser una voz en el desierto antes que un religioso acomodado; se convenció de servir al pueblo con su predicación y ejemplo, incluso renunciando a su propia vida; decidió en humildad preparar el camino para que otros conociesen al Auténtico protagonista. Y así, a los ojos de Jesús, «os aseguro que entre los mortales no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista» (Mateo 11:11).

Los momentos en los que **te reconozcas débil** son las oportunidades para que Dios trabaje: «te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. [...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:9, 10).

Cuando sientas tu pobreza espiritual, entonces Jesús te dice: «dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece» (Mateo 5:3). Si acudes con tu corazón lleno, creyendo que estás saciado, te retirarás vacío. Pero si acudes con tu corazón vacío, Dios lo

llenará. Y así la pobreza de nuestra alma es transformada por **la grandeza de su gracia**.

La grandeza está más cerca de lo que imaginabas, ¿no es así?

Segundo ejemplo: **Belleza**.

No se trata de capas de maquillaje, ni del filtro que escojas para la foto; no importa tanto lo que diga el *espejito espejito*, ni tampoco lo que te haya costado el último trapo de la nueva temporada.

La Hermosura pertenece a otra categoría aún más excelsa. La Belleza es definida en la Biblia así: «¡Qué hermosos son, sobre los montes, los pies del que trae buenas nuevas; del que proclama la paz, del que anuncia buenas noticias, del que proclama la salvación, del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina!» (Isaías 52:7).

Es espectacular. El texto Bíblico no mide la Hermosura de algo o alguien en base a su atractivo exterior, sino por su cualidad de transmitir un mensaje vivo, por su capacidad de generar más Vida.

Me imagino un concurso de Belleza en el que tenemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de jueces... ¡Dios ve de otra manera! Su definición de Hermosura observa parámetros diferentes. Y es que
a la luz de la Biblia
son Bellos

aquellos pies fatigados, polvorientos e incluso heridos por las piedras del camino, pero **que traen noticias de salvación.**

Me preocupa confundirme de definición y estar más pendiente de cómo se ve mi cara, en vez de prestar atención al cuidado de mi alma. Sin descuidar una cosa ni la otra, pero sin que lo secundario ocupe el lugar de lo Esencial.

Ser Miss y Míster no es una cuestión de atributos físicos, sino del atributo divino que Dios nos ha entregado por gracia, y que nos pide que proclamemos para gozo de nuestro prójimo.

Para saber si estamos *guapis* no es necesario mirarse al espejo; sino conectarse al Bien, reflejar la luz del único Bueno y participar, ya, de Su Reino.

Ésta es la auténtica y verdadera Belleza.

Ante la **muerte**, Jesús dice «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá» (Juan 11:25-26), porque la muerte tan solo es un sueño para los que duermen en la fe de Jesús (Lucas 8:52).

Sobre el **conocimiento** y la sabiduría, «que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio según las normas de esta época, hágase ignorante para llegar así a ser sabio» (1 Corintios 3:18), pues «la locura de Dios es

más sabia que la sabiduría humana, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana» (1 Corintios 1:25).

Al **mal** no se le vence con venganza o con más terror, sino con el bien (Romanos 12:21). Y frente a la **maldición**, la propuesta de Jesús es: «habéis oído que se dijo: “Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo”. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por quienes os persiguen» (Mateo 5:43-44).

Y podríamos seguir con **tantos y tantos conceptos**, con tantas y tantas historias que, al profundizar en ellas, aportan un sentido como ningún otro libro puede dar. No hagas caso a esos *atrevidos ignorantes* que leen pero no entienden; a los que, poniendo sus ideas preconcebidas por delante, leen lo que quieren leer, en vez de interpretar lo que Dios quiere comunicar. No te creas su miopía ni te pongas sus gafas; ¡experimenta por ti mismo/a el poder que inspira la revelación bíblica!

La Biblia es un pozo sin fondo.

Una galería de piedras preciosas.

¡No te quedes en la puerta, ni dando vueltas en la entrada!

Entra.

Escarba.

Escudriña.

Sumérgete para descubrir una nueva definición de la realidad y una nueva manera de vivirla.

No conozco otro libro al que vuelvas una y otra vez y sigas encontrando nuevos significados, nuevas dimensiones, nuevas aplicaciones. La Biblia tiene esa rara

capacidad de generar **asombro**. Tiene el don de leerle, pero también de reescribirte.

Es Palabra **viva** porque cuenta la vida de personas que han vivido experiencias con Dios. Personas de carne y hueso, como tú y como yo, que nos cuentan su experiencia, sus heridas, anhelos, sudor, alegrías, llantos y cambios. No esconde sus errores ni sus derrotas. Ni tampoco su rendición ante Dios y consiguientes victorias.

Ver la historia de esas personas con Dios me desafía a vivir la mía, sobretodo en mi relación con los otros.

RECONOCER AL OTRO

Hoy en día es relativamente fácil idiotizarse.

En una sociedad que se mira el ombligo constantemente resulta cada vez más difícil reconocer al prójimo.

Las nuevas tecnologías y la opulencia comunicacional han cambiado nuestra forma de relacionarnos, de vernos, de ser; han transformado nuestras necesidades [la *pirámide de Maslow* tiene ahora en su base “buscar un enchufe y wifi”].

Con una vista absorbida por la pantalla, pareciera que esos aparatos nos teledirigieran con su diseño para crear dependencia, como si fuésemos unos robots controlados por un mando a distancia o unas marionetas de hilos invisibles. Me incomoda pensar en una sociedad menos humana y más aparatosa.

Me pregunto si somos nosotros los que miramos el mundo, o son esas pantallas las que lo ven por nosotros.

La idea era que las máquinas nos ayudasen a pensar, ¡no que pensasen por nosotros!

[Es verdad, perdona, igual me he puesto un poco dramático. No soy *tecnófobo*, en todo caso *hereje de la doctrina tecnoutópica*, ¡pero es que el futuro que se nos presenta me sobresalta!]

Agárrate, que va una de **algoritmos**:

Un algoritmo toma decisiones en base a una serie de parámetros y registros de actividad. Son mecanismos ciegos ante lo que están haciendo, ejecutan instrucciones sistemáticamente guiados por modelos matemáticos los cuales [todavía] son opacos, no regulados, y no poseen referencias morales objetivas; pero están «cambiando el mundo de forma definitiva» (Sergio C. Fanjul, *En realidad, ¿qué [...] es exactamente un algoritmo*).

El objetivo de un algoritmo es, mediante una serie de reglas y procesos, solventar un problema; pero habrá que preguntarse si nuestra plena [e ignorante] confianza en ellos, o darles el control de nuestras decisiones y relaciones en todos los aspectos de nuestra vida, **también es un problema...**

Acepto *cookies*. Acepto condiciones de uso. Acepto...

–¿Qué pone?

–No sé, da igual, tira pa'lante.

Los algoritmos mueven los principales servicios digitales que ya forman parte esencial de millones de personas, y se pueden convertir en «armas de destrucción matemática», como ya lo han llamado algunos expertos. De hecho, las decisiones que «toman los algoritmos provocan que sean las máquinas quienes concedan o no

un préstamo, evalúen a los empleados, monitoricen la salud de los ciudadanos y, además, lleguen a influir en el criterio de los potenciales votantes en unas elecciones» (Andy Stalman, *El ser humano se transformó en algoritmo*).

Los algoritmos de las redes y aplicaciones nos leen, buscan, conectan, computan, procesan, controlan, configuran e interpretan. El *solucionismo tecnológico* vigila, retrata, puntúa y dirige. Somos *big data*. Y en este *big data* los algoritmos analizan datos de usuarios y consumidores. De ti y de mí. Saben nuestros pasos, discernen nuestra frecuencia cardíaca y ciclos de descanso nocturno [conocen nuestro corazón y nuestros sueños...].

Las plataformas digitales que consumimos no tienen entre sus objetivos «que el usuario cambie de opinión y amplíe sus horizontes, sino que se sienta cómodo entre aquellos que piensan igual» (Andy Stalman, *El ser humano se transformó en algoritmo*). Esto pasa en todas las redes sociales y plataformas audiovisuales de contenidos. Los usuarios tenemos la falsa sensación de que elegimos lo que vamos a consumir, pero son las empresas las que deciden qué opciones tenemos en la carta; son los algoritmos los que seleccionan lo que vemos.

No quiero decir que sean “genios de la lámpara malvados”, unos “demonios computacionales”; pero de nuevo, sé crítico acerca de hasta dónde nos puede llevar esto. Todo ello es lo suficientemente inquietante como para prestarle la máxima atención. No caigamos en un estado de alienación. Siendo programados. En espacios de manipulación. Abducidos. En un ecosistema que devora nuestra forma de relacionarnos y la transforma en beneficio y moneda de cambio para unos pocos.

¿Soy yo el que decide el sentido de mi vida o los algoritmos me condicionan radicalmente [de raíz]? Enredado entre tanto *big data*, ¿me he olvidado de que soy el *big brother* de mi prójimo (Génesis 4:9)? ¿Cómo veo, escucho y trato al otro?

Hemos conquistado la Luna y llegado a Marte. Vivimos en la sociedad de la Comunicación, la Era más avanzada. Todos ~~conectados~~, con cientos o miles de amigos en las redes.

Pero las estadísticas indican que

la soledad

es la epidemia del siglo XXI, que hay una profunda desconexión entre las personas. ¿Has experimentado eso de estar rodeado de gente pero sentirte solo? Todavía no hemos aprendido a comunicarnos sana y constructivamente [a pesar del “progreso”]. Corremos el riesgo de estar muy conectados a la red y menos a las personas.

El trato físico se ha sustituido por el de a distancia. Hemos cambiado la calidad por la cantidad. Somos superficiales, pero necesitamos llegar al interior de las personas.

La luz de la pantalla nos impide ver la luz de las estrellas. Para evitarlo debemos dejar de vivir en bucle, o pegados al aparato, o en reproducción automática. **Levanta la mirada.**

Es urgente que volvamos a hablar **cara a cara.** Tratar un problema por WhatsApp no resuelve el problema, lo acrecienta [da igual la cantidad de emoticonos que uses].

Jesús nos dice: «si tu hermano te hace algo malo, **habla con él a solas** y hazle reconocer su falta. Si te hace caso, ya has ganado a tu hermano» (Mateo 18:15).

Pero a veces cuesta tanto mirar a los ojos...

Sí, es verdad, hay **personas tóxicas.** Cada uno tenemos nuestras heridas [pequeñas, grandes o profundas] a causa de relaciones nocivas.

Un socio que cogió el dinero de la empresa y huyó.

Alguien a quien amabas y te dejó.

Un familiar que abusó de ti.

Un amigo que te traicionó.

Cosas que no paras de pensar en ellas. Heridas abiertas que se convierten en parte de uno y nos esclavizan e intoxican. La Biblia es tajante al respecto (Proverbios 9:7-8; 20:19; Tito 1:10-11; 3:9-10). Dice el sabio Salomón «como vuelve el perro a su vómito, así el necio insiste en su necedad» (Proverbios 26:11). Algunas personas volverán a su vómito como ese perro, pero no tenemos que estar ahí cuando vuelvan.

Si hay alguien que te está haciendo daño, o está abusando de ti, tienes que salir de ahí. Ahora.

Siendo lo anterior una realidad, no te olvides de la acción del Espíritu para darte sanación y también capacidad de perdón.

En cierta ocasión le preguntaron a un filósofo:

–¿Cuál diría que es la máxima virtud?

–La bondad –respondió.

–¿Por encima de la inteligencia?

–La suprema inteligencia se llama **bondad**.

Dice Jesús: «Habéis oído que se dijo: “Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo.” Pero yo os digo: “**Amad a vuestros enemigos** y orad por quienes os persiguen» (Mateo 5:43-44).

Cuántas relaciones complicadas nos ahorraríamos si fuésemos capaces de ser más humildes y perdonar. Cuando Jesús fue escupido, maltratado y colgado de un madero, todavía tuvo fuerzas para decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). No llegamos a comprender cómo... pero lo hizo. Y a nosotros también se nos llama a dar un perdón que sobrepasa todo entendimiento.

Las palabras de Jesús nos remueven: «**Sed compasivos**, así como vuestro Padre es compasivo» (Lucas 6:36). Compasión, perdón, bajarse del burro, aceptación, crecimiento, superación, amor. El planteamiento de Jesús es una existencia basada en el amor como llave para transformarlo todo, hasta lo que se encuentra más alejado de ti (Romanos 8:37-39; 13:8; 1 Juan 4:7; 5:4).

Nuestras relaciones van a colapsar
si no se escucha al otro,
si no se le reconoce,
si no se le considera: «En efecto, toda la ley se resume en un solo mandamiento: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Pero si seguís **mordiéndooos** y devorándooos, tened cuidado, no sea que acabéis por destruirnos unos a otros» (Gálatas 5:14-15).

Si solo nos interesamos por el “yo”, el “mío” o el “a mí”, entonces se cumple la cita de Plauto: «el hombre es un lobo para el hombre» (popularizada por Thomas Hobbes, s. XVII).

El “otro” es tan o más importante que el “yo”. La Biblia dice: «cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por **los intereses de los demás**» (Filipenses 2:4); «que nadie busque sus propios intereses, sino los del prójimo» (1 Corintios 10:24).

En contraposición al capitalismo que vivimos y la visión evolutiva de la supervivencia del más fuerte, que nos lleva cada vez más hacia un mundo más desigual, con mayores diferencias; la propuesta bíblica es dejar de mirarse el ombligo y mirar a los demás, a la alteridad, al otro. Relacionarse con las personas también es trascender, trascender a uno mismo y entrar en la vida del otro.

Reconocer al otro es una forma de adoración a Dios. Porque estás cumpliendo su voluntad. Porque para Dios no hay nada más importante que las personas: «quien dice que ama a Dios pero no ama a su hermano, es un

mentiroso» (1 Juan 4:20); ya que «el cumplimiento de la Ley es el amor» (Romanos 13:10).

El mensaje bíblico es una constante invitación a considerar y amar al otro; a admitir que no estás solo, que no eres una isla y que así como tú necesitas de los demás, los demás también necesitan de ti.

La Biblia te expande la mirada hacia el horizonte.

Te saca de ti mismo.

Y cuando reparamos en el otro, cuando nos damos cuenta de lo valioso que es su existencia, cuando lo aceptamos y lo abrazamos, en realidad estamos conociendo a Dios (Jeremías 22:16), en verdad estamos experimentando a Jesús: «os aseguro que todo lo que hicisteis por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, **por mí lo hicisteis**» (Mateo 25:40).

EXPERIMENTAR A JESÚS

Jesús es la persona más extraordinaria que puedes conocer.

Todas las ideas, reflexiones y razones anteriores de porqué la Biblia es un texto relevante, urgente y vital, toman forma, se personifican y hacen realidad en Jesús.

Él mismo señala: «estudiáis las Escrituras pensando que contienen vida eterna; pues bien, precisamente las Escrituras **dan testimonio de mí**. A pesar de ello, vosotros no queréis venir a mí para tener esa vida» (Juan 5: 39-40).

Pablo, que había sido un perseguidor de cristianos se convierte en seguidor de Cristo y afirma: «todas las

promesas que ha hecho Dios son “sí” en Cristo. Así que por medio de Cristo respondemos “amén” para la gloria de Dios» (2 Corintios 1:20).

La Biblia, por tanto, apunta a Jesús como **la respuesta** frente al colapso del mundo y de nuestro corazón. Es la encarnación del Camino, la Verdad y la Vida. Nada ni nadie fuera de Él.

Jesús
es
real.

Quien esté en contra de esta última afirmación tendrá que demostrar que el Jesús de la fe no está enraizado en el Jesús de la historia. Y es que su **historicidad** está fuera de duda y se impone a través de numerosos argumentos [no tenemos espacio para verlos en detalle pero no me resisto a citarlos someramente].

Fuentes no cristianas tempranas hacen referencia a Cristo o al movimiento que se inició con él [puedes investigar a Tácito, Luciano, Suetonio, Plinio el joven, Adriano, Carta en Siríaco, Alexamenos, Flavio Josefo, Tertuliano o el Talmud].

Las fuentes cristianas, como los evangelios: contienen numerosos detalles verificables e informaciones históricas y geográficas ajustadas a los descubrimientos arqueológicos [imposibles de inventar con posterioridad]; incluyen detalles de objetividad que rompen cualquier expectativa de manera que no caben en ninguna *hipótesis de conspiración narrativa*, como por ejemplo la manera en la que se presenta a Jesús [llora, sufre...] y a sus seguidores [incrédulos, con errores, el papel de las mujeres...] sin

esconder comportamientos reprobables o no esperados en la época [todo ello no encaja si fuese “una historia inventada”]. El psiquiatra Augusto Cury dice que «la personalidad de Cristo es imposible de ser construida por la imaginación humana» (en *El Maestro de los Maestros*, 2008, Grupo Nelson);

los primeros cristianos y nuevos conversos, ¿por qué iban a querer engañar?, ¿qué beneficio obtendrían por creer una historia falsa sino el odio de los judíos, la persecución de los romanos, la mofa de los griegos...?;

las conversiones rápidas y numerosas son tan impresionantes que no se comprenderían si lo que se nos cuenta fuese falso;

hay 5.686 manuscritos que demuestran la autoridad textual, consistencia, fiabilidad y exactitud del Nuevo Testamento [para que te hagas una idea, la siguiente obra antigua que le sigue en manuscritos disponibles es la *Iliada* de Homero, con 643; ¡5.000 menos que el Nuevo Testamento! Y sin embargo nadie pone en duda la confianza del texto];

lo mismo ocurre con la distancia entre la fecha de redacción y las copias que nos han llegado. En el caso del Nuevo Testamento es de décadas o inferior a dos siglos; en el caso de otras obras antiguas como las de Heródoto, Julio César o Platón superan los mil años (véase Josh McDowell, en *Nueva Evidencia que demanda un veredicto*, 2010, Mundo Hispano; Vittorio Messori, en *Hipótesis sobre Jesús*, 2013, Mensajero).

En definitiva, ningún documento del periodo antiguo está tan bien refrendado bibliográficamente como el Nuevo

Testamento. Dios irrumpe en la historia, y la historia lo señala.

Jesús no es un político, ni un militar, ni [solo] un revolucionario, ni un gurú de la publicidad. Jesús es **diferente** del resto y es mucho más.

Otras religiones dicen: “soy un profeta que ha venido a ayudarte a encontrarte con Dios”. Jesús es el único que vino y dijo: “soy Dios, he venido a encontrarme contigo”.

Jesús no ofrece argumentos, Jesús se ofrece a sí mismo. No fueron los clavos los que fijaron a Dios a una cruz, fue el Amor que tiene por ti y por mí.

Jesús viene a plantar la semilla de la esperanza.

A demostrar una fe que puede con todo.

A dejar claro ante el universo conocido y desconocido que el amor es la única fuerza capaz de transformarnos; y por ese amor Jesús se entrega hasta dar su vida por nosotros.

Y por esa fe vence al mal y deja una tumba vacía.

Y por esa tumba vacía nosotros hoy tenemos esperanza.

La Biblia es incomparable a otras fuentes religiosas. Sus principios, mensaje e inspiración son distintos.

No hay otra religión como el cristianismo que diga que Dios ha llorado y ha sufrido. Él sabe lo que se siente al ser abandonado por tus amigos, conoce lo que es verse aplastado por la injusticia, ser torturado y morir. Jesús sabe por lo que estás pasando. Cuando hablas con él, él entiende.

Y no debemos tener miedo a decir que **no todas las formas de creencia son verdaderas**. La verdad no puede ser “todo-inclusiva”. La verdad, por definición, excluye; no puede ser sacrificada en el altar de una pretendida tolerancia (Ravi Zacharias, en *Jesus Among Other Gods*, 2002, W Publishing Group). Todos los credos, simple y llanamente, no pueden ser verdaderos, a pesar del mantra que hoy tanto se repite: “todas las religiones son iguales, da igual qué fe tengas, todas valen, todo es verdad”. La verdad excluye, señala la mentira, por eso es verdad. Todas las religiones no son iguales, algunas de sus creencias son falsas y dañinas, sabemos que lo son. No es lo mismo una religión que ejerce coerción o abusa de sus seguidores que otras formas de fe.

La insistencia en que las doctrinas no cuentan para nada no deja de ser otra forma de doctrina. Decir que “todas las religiones tienen parte de la verdad, pero que ninguna la posee en su totalidad”, no deja de ser otra forma de pensamiento en la que esa creencia es superior o más verdadera que las otras formas de fe. ¿Aseguras tener un conocimiento superior de la realidad espiritual que justamente estás evitando declarar sobre las otras religiones? Estaríamos, por tanto, ante un nuevo caso de pretendida “exclusividad”.

Entonces, no es indicativo de mayor estrechez de mente el proclamar que una religión particular está en lo cierto que sostener que una forma de pensar en concreto acerca de todas las religiones [esto es, que todas vienen a ser en realidad lo mismo] es la adecuada. No puedes afirmar sin más que “todas las creencias son falsas” excepto la que yo tengo. Todos, sin excepción, somos exclusivistas en lo tocante a nuestras creencias, aunque en distintas maneras (Timothy Keller, en *La Razón de Dios*, 2014, Andamio).

No te avergüences de creer en el sentido que la Biblia te ofrece.

«No me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen» (Romanos 1:16).

Hago más las palabras del apóstol Pablo porque «lo que quiero decir, hermanos, es que nos queda poco tiempo. [...] porque **este mundo, en su forma actual, está por desaparecer**» (1 Corintios 7:29-31).

El fin de este mundo no llegará por un desastre climático, ni seremos nosotros los que le demos solución ni le pongamos punto final. El mundo, tal y como lo conocemos, cambiará porque Dios lo hará nuevo.

Después de todo lo que hemos dicho, aunque la *crisis* actual se nos presente como un ~~desastre~~, lo cierto es que también es una oportunidad. El término *crisis* deriva del griego *krisis*, que significa “decisión, elección”. Esta palabra designa el momento en que se produce un cambio. ¿Y si has llegado hasta aquí para volverte a Dios?

¿Y si buscas las sendas antiguas (Jeremías 6:26)? Búscales con todo tu corazón (29:13). Búscales y vivirás (Amós 5:4). Busca y encontrarás (Mateo 7:7). Porque nada de esto está arriba en el cielo; tampoco está más allá del océano. ¡No! La palabra está muy cerca de ti; la tienes en la boca y en el corazón, para que la obedezcas y sigas al Señor tu Dios (Deuteronomio 30:11-16).

La Biblia nos ofrece un cambio de rumbo y **sentido**. Es una brújula fiable que despierta nuestra **conciencia** y señala el camino del Bien y de lo Bueno.

Es una catarata estimulante de **desafíos** que no nos dejan como estamos, sino que nos motivan, nos elevan, nos transforman.

Es un espejo en el que reconocernos a nosotros mismos, pero sobretodo una luz para reconocer a nuestro **prójimo**, mirarle y amarle.

Es el testimonio de **Jesús**, de Dios, y nos muestra el Camino para que se produzca el Encuentro.

No. Los que depositamos nuestra fe en Jesús **no avanzamos hacia el colapso**, nos dirigimos hacia todo lo contrario.

El colapso no es el único final. Existe otro destino que está siendo preparado para ti. Sólo hay que leer y seguir las señales.

→ «No dejéis que el corazón se os llene de angustia; confiad en Dios y confiad también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ya

os lo habría dicho. **Voy a prepararos un lugar**. Cuando todo esté listo, volveré para llevaros, para que siempre estéis conmigo donde yo estoy. Vosotros ya conocéis el camino» (Juan 14:1-4).

→ «Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: “Venid vosotros, a quienes mi Padre ha bendecido; recibid vuestra herencia, el reino **preparado** para vosotros desde la creación del mundo» (Mateo 25:34).

→ «Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, **preparada** como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir» (Apocalipsis 21:1-4).

Brother and Sister, ¿nos vemos allí?

Gozo y Paz.

ANEXO: cómo leer la Biblia y *no quedarse* en el intento

Lo has intentado, pero ahí te has quedado. Tener la intención está bien, pero hacerlo está mejor. Te comparto 10 sugerencias. Vamos:

1. Díselo, habla con Dios, reclama, ¡interactúa con Quien la ha inspirado!

Si te cuesta, si no tienes ganas, si te da pereza... lo que sea que te pase, díselo. Sé sincero, habla con Dios y **cuéntale**, tal cual, lo que te ocurre [no se va a escandalizar, al contrario, te estaba esperando...]. Sin darte cuenta estarás orando, conversando con Dios. Su presencia en la lectura, e incluso en las dificultades previas que tengas, es esencial.

La Biblia es [casi seguro] el único libro que puedes leer en compañía de su inspirador e impulsor. Aprovecha su total disponibilidad para ti. Reclámale que te ayude, **que ponga el deseo de** leer en tu mente y las ganas en tu corazón. Pídele que te acompañe y te otorgue entendimiento. Confía en que Él hará su parte, y haz tú la tuya.

2. Busca un espacio y momento especial, apartado. El resto de cosas, ponlas en modo avión.

Cualquier lugar y tiempo son buenos para leer la Biblia, pero reservar un **momento especial** en el día y tener tu **rinconcito** de lectura son esenciales para propiciar un encuentro íntimo, planeado, de calidad. Ponlo en tu agenda diaria. Puede ser antes de acostarte, sentado en tu cama; o después de comer, en tu escritorio bajo la ventana; o al despertar, en la mesa de la cocina antes de comerte una tostada; o...

Pero sea como sea, asegúrate de que nada ni nadie va a romper ese momento. El resto de dispositivos o posibles distracciones, ponlas en **modo avión**; que ninguna notificación interrumpa tu encuentro con la Palabra.

Por cierto, no pongas la típica y barata excusa de “*es que no tengo tiempo*”, porque sabes que lo tienes. ¡Cuánto rato perdemos enredados en tonterías!

3. ¡Biblia en papel!

Cualquier soporte y formato es válido, pero al leer la Biblia desde un dispositivo móvil corres más riesgo de verte asaltado por avisos, vibraciones, comentarios, etcétera.

En el móvil tienes “todo”, y justamente lo que necesitamos en ese espacio y momento es deshacernos de “todo” para encontrarnos **a solas con** Dios.

Tener la Biblia en formato físico también ayuda a considerar ese libro de manera **especial**, independiente,

separado. Es una pertenencia diferente del resto, no es otra *app* más. De alguna forma así mantiene su marco individual, su autonomía, su continente propio.

Leer la Biblia en papel te exigirá buscar dónde está cada libro, y aunque esto parezca más incómodo, es bueno **para tu memoria** y para saber qué y dónde estás leyendo. Esto también te permitirá subrayar la Biblia, asignar colores por tipos de mensajes, hacer tus anotaciones, sentir el papel... En definitiva, entrar en contacto más directo y personal con el texto.

4. Sé constante, aunque leas despacio.

No quieras correr. Las prisas son malas consejeras. A veces leemos unos cuantos versículos rápido y nos quejamos: *“no me he enterado de nada”*. Lee **con calma**, captura los detalles, sumérgete en lo que se narra; toma un capítulo al día, una historia, parábola o sección. No por leer más te vas a enterar de más. Exprime cada frase. Es mejor poco pero comprendido que mucho sin saber ni por dónde te ha dado el aire.

Como en el deporte, una de las claves es la **constancia**. Aunque te cueste hacer flexiones el primer día, sigue haciéndolas el segundo. No desistas. No te rindas. Aunque empieces pocos abdominales, el día siguiente sigue, sigue y sigue. Verás, sin darte cuenta, que la perseverancia produce resultados.

5. Usa diferentes versiones y compara. Utiliza otros libros de apoyo para entender el texto y su contexto.

Existen diferentes versiones de la Biblia, pero no hay ninguna que sea una traducción perfecta. El lenguaje evoluciona y se usan expresiones diferentes en cada rincón del planeta. Todas las versiones tienen sus pros y sus contras [algunas más que otras], pero no existe “La Versión Definitiva”; lo que hay son versiones convenientes para el momento y el uso que le queramos dar. Si estás comenzando a leer la Biblia, utiliza una versión *más dinámica* para que el lenguaje te resulte más fluido y **comprensible**. Pero no te conformes; si no entiendes un texto en una versión, búscalo en otras versiones y compara. Si quieres profundizar en profecía u otros estilos literarios, utiliza versiones *más formales*, ajustadas al texto “original”.

También puedes utilizar **comentarios bíblicos** para apoyarte y entender mejor el contexto en el que fue escrito o su tipo de literatura. Y si aún así no te queda claro, no te quedes con la duda: consulta a otra persona y buscad juntos la respuesta.

6. Comienza por los evangelios o las cartas de Juan.

Quizás el libro de Deuteronomio no sea el mejor punto de partida... No serías el primero que ha comenzado un año Bíblico y al llegar a Levítico se ha quedado ahí. El evangelio de Marcos es conciso y potente. Juan escribe como un “enamorado” [lo estaba] y hace muy real su

experiencia con Dios. Tiene tres cartas breves casi al final de la Biblia [quizás acabar un libro pronto te anime a continuar leyendo otros más extensos, ¡pruébalo!]. Los Salmos son canciones, poesía, encuentro personal... Tienes muchas **buenas opciones** para elegir por dónde comenzar a leer.

7. Lee con un amigo/a, haced un plan de lectura y motivaros el uno al otro.

¿Y si le comentas a un amigo/a que vas a leer el libro de...? ¿Y si lo leéis **juntos**? De esta forma podéis animaros, definir vuestro plan de lectura, preguntaros por dónde vais, qué os ha parecido lo que habéis leído, qué no habéis entendido, etc. Forma tu grupo de lectura bíblica. Envíale un mensajito de recordatorio: “*Eh, brother/sister, ¿has leído hoy? ¡Vamos!*”.

8. Usa una libreta para apuntar ideas, qué te ha dicho el texto, cómo lo puedes aplicar.

La Biblia tiene un propósito práctico, realista y activo para ti. No dejes el texto en el texto, ¡sácalo para **que impacte** tu vida! Anota las reflexiones que te suscita la lectura, tus dudas, lo que significa y cómo puedes aplicarlo en tu día a día.

9. ¡Eres heredero, formas parte de su Testamento!

Esta sugerencia para leer la Biblia es más intelectual que práctica, pero cuando la asimiles puede convertirse en una razón sumamente motivadora. Me explico:

Si te invito a leer el testamento de mi tío-tatarabuelo probablemente no te entren muchas ganas: *¿para qué?, ¿qué tiene que ver ese buen hombre conmigo?* [¡y con razón!].

Leer un testamento con todas sus cláusulas, disposiciones legales, comentarios, referencias, decisiones, etcétera, puede resultar lo más aburrido del mundo; pero **todo cambia cuando sabes que el autor del testamento es un familiar directo que te ama con locura y del que tomas parte en su herencia.**

Si te invito a leer el testamento de esa persona, no tengo duda de que querrás hacerlo porque esperas que tu nombre esté escrito y se te diga qué parte de la herencia te toca.

Piénsalo así [porque así es]: la Biblia es el testamento de Dios para ti, y en ella te cuenta cómo puedes heredar sus promesas.

Ambos testamentos, tanto el Antiguo como el Nuevo, forman en realidad un solo mensaje. En él encontramos poesía, partes legales, canciones, conocimiento natural, historias de diferentes tiempos y culturas, literatura sapiencial, registros familiares, profecía, cartas personales, revelaciones... Y lo que tienen en común es que señalan a un Plan que nos lleva hasta una herencia incomparable, extraordinaria, eterna; y que podemos comenzar a disfrutar desde ya...

10. Apártate de tanta hiper-estimulación artificial: rehabilita el paladar

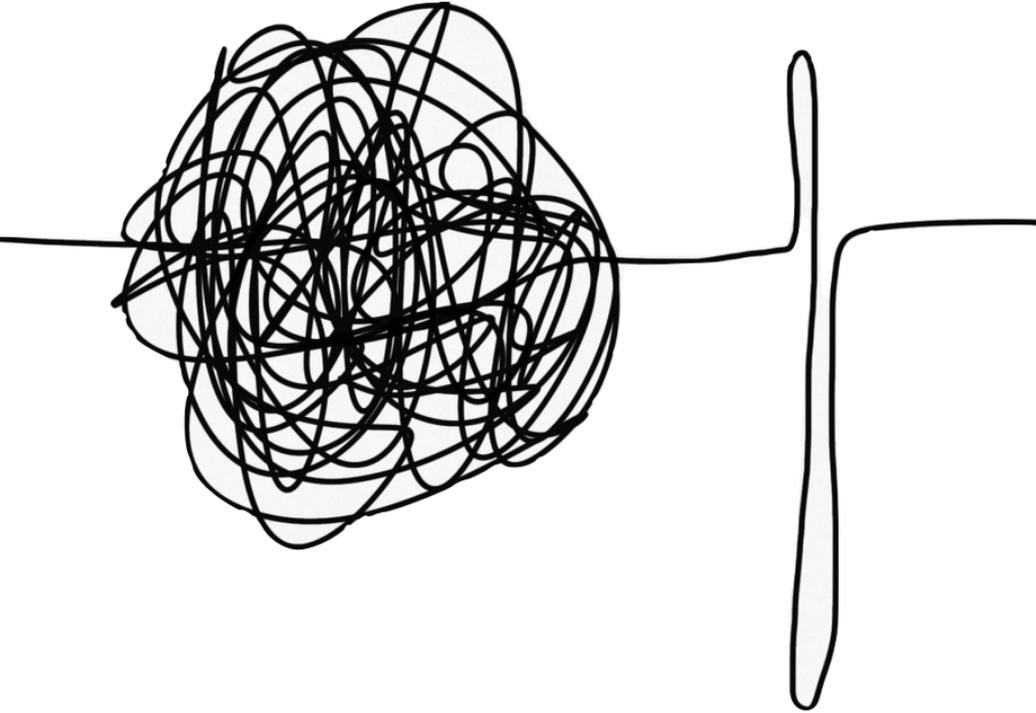
Una de las posibles razones por las que te cueste ingerir el texto bíblico es porque tu paladar se ha vuelto incapaz de saborearlo, te parece insípido, has perdido el gusto... Y es que nuestro contexto nos envía constantemente alimentos, mensajes y palabras precocinadas, refinadas, adictivas, industriales, edulcoradas y ultra-procesadas. Fíjate cómo son las cosas que hoy en día **la comida sana y real ha perdido su sabor** en comparación a otros alimentos fabricados. Esto crea una confusión en nuestro sistema y está machacando nuestros receptores gustativos. Si consumimos ese tipo de comida con frecuencia, es difícil que consigamos recuperar nuestro paladar original. Por eso, aparta de tu boca tanta hiper-estimulación artificial.

Busca más paz, menos ruido. Elige alimentos que sean verdaderamente nutritivos en tu vida. Rehabilita tu paladar, aunque lleve tiempo y exija tomar decisiones. El esfuerzo merecerá la pena.

Ojalá entiendas, como dijo Jesús, que «no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4).

Ojalá tu experiencia sea como la de Jeremías: **«Al encontrarme con tus palabras, yo las devoraba; ellas eran mi gozo y la alegría de mi corazón»** (15:16).

Ojalá, finalmente, puedas decir con el salmista: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira» (Salmos 119:103-104).



#HaciaElColapso
#LaBibliaComoRespuesta